

## Encontrar a Gabo en Gabo, a propósito de *En agosto nos vemos*.

Por Humberto Alexis Rodríguez<sup>1</sup>



Este seis de marzo, de 2024, en el día de su nacimiento, y a 10 años de su muerte, apareció *En agosto nos vemos*, la novela póstuma de Gabriel García Márquez. Ese miércoles en la mañana me había prometido no ceder a la tentación y demorarme en comprar la novela y más en leerla. Quise esperar el juicio de mis amigos, pero estos estaban en la misma actitud de reticencia y no me sirvieron de mucho. Sin embargo, en las horas de la tarde, vi que los cafés, las salas de espera y los corredores de los centros comerciales se habían llenado de un colorido especial, verde y amarillo intensos, una brisa caribeña en cada vitrina. Es el mercado, me dije, y guardé compostura.

Pero recordé otra tarde lejana, hace ya casi cuatro décadas cuando fui abrazado por la luz intensa de unos libros amarillos que todos leímos con avidez y sin vergüenza, porque como estudiante primerizo de literatura era, claro, mi obligación; ahora sé que no leo casi por obligación, sino por instinto, por placer, tratando de ceder más a la aventura y evadiendo los cantos de sirena de las librerías.

Recordé *La maleta de mi padre*, escrito en donde Orhan Pamuk confiesa el temor que tenía de abrir la maleta que le entregó su padre antes de morir, una maleta que contenía sus escritos. Pamuk describe su angustia, pues en términos generales su padre no era un hombre de letras. ¿Podría este hombre dedicado al comercio haber escrito quizá una obra maestra? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo ignorarlo? ¿Qué podría hacer Orhan con eso ahora? Si resultaba que su padre, era un gran escritor, qué significaría esto a estas alturas de su vida? ¿Cómo vivir con ese fantasma del padre llegado del pasado? Si descubría, por el contrario, que su padre era un escritor de pocos alcances, ¿no representaría esto una doble humillación, pues qué le permitiría calificar de mediocre a ese hombre para quien la literatura no era su fuerte, pero que al fin y al cabo era su padre? ¿No sería preferible mantener el misterio? Lo mejor sería dejar algo en el vacío, en el misterio. Esta era la máxima muestra de poesía.

Hoy, lo cierto es que el mercado quiere abrirlo todo, rasgar todos los velos y convertir todo lo que toca en oro, en dinero y en ganancia. No hay lugar para el secreto, para los

---

<sup>1</sup> Humberto Alexis Rodríguez, profesor de literatura, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.  
[harodriguez@udistrital.edu.co](mailto:harodriguez@udistrital.edu.co)

textos pedidos: los papeles póstumos no descansan en paz y presenciamos cada día exhumaciones: algunas pueden ser verdaderas profanaciones. Por eso se publican tantas correspondencias, tantos ensayos inéditos, libros completos con lo que en su momento fueron notas de prensa, obras que los autores no consideraron parte de su legado: pues no todo lo que se escribe debería ir a las prensas. Sabedor de lo que hacía, avancé entre góndolas de perfumes y licores, y me encontré de frente con una pila de libros, y vi que varios de los paseantes llevaban en mano la nueva novela de Gabo: rasqué el velo.

Sentí que era inevitable mantener mis aprehensiones. Dejé mi pobre modestia, compré -feliz- la novela y en un lapso relativamente breve la había devorado, con fruición, con un deseo mayúsculo de revivir mi alegría de tantas otras lecturas, de la mano de mi maestro, a quien debo confesar solo vi una vez, de lejos, en Cartagena, en medio de un gentío en donde brillaban las estrellas de la farándula y sobrábamos los lectores y los profesores de colegio que cargados de fe leíamos sus obras con jóvenes cada vez más alejados del efecto mágico de sus páginas.

Tengo la impresión de que con *En agosto nos vemos*, la tarea de los lectores de Gabo es, de ahora en adelante, leer tratando de establecer qué es de Gabo y qué de sus esmerados editores. Nos asalta la duda en torno a si lo que estamos leyendo es original de Gabo. ¿Qué tanto dejó escrito y qué dejó a la espera de sus correcciones? ¿Por qué su renuencia a publicarla? ¿Es real la escena del “gran Ok final” que menciona Cristóbal Pera? ¿Por qué decide el editor y curador de la obra agregar hoy un conjunto de fotogramas de los originales, con correcciones de puño y letra, algo que nunca -en ninguna obra- hizo Gabo, pues esa cocina de la escritura era para él una lucha íntima y la vez preciosa, que no debía ser exhibida?

También nos preguntamos si lo que llevó a Gabo a renunciar a la novela no era el tratamiento formal, sino el mismo tema, algo que no lo dejaba plenamente satisfecho. ¿Dudaba de la consistencia de su personaje central o de la verosimilitud de los personajes que aparecen en cada episodio en el viaje a la isla? Pues el tema y su tratamiento, la empresa de Ana Magdalena Bach, no deja de ser un asunto controvertido, al oponer el rigor de la vida conyugal a la aventura accidental, en una serie de amores fortuitos e incluso malhadados.

En cualquier caso será necesario encontrar a Gabo en Gabo, encontrarlo en la facilidad con la que corre el relato, en el colorido de las escenas y en la felicidad que proporcionan los detalles de su prosa y algunas de las imágenes, como cuando señala que Ana Magdalena “le dio una última mirada de compasión a su propio pasado”, o que ese otro cuerpo “se desbarató en su propio polvo final”, y que podemos disfrutar sin temor alguno.

Se podría objetar al lector escrupuloso que de alguna manera somos o estamos obligados a ser, en medio de tanta promiscuidad escrita, que solo los pruritos del lector clásico

sostienen la idea del autor como una entidad única, cerrada y autónoma. Hoy los productos del arte son fruto de la creación colectiva y de escrituras múltiples. Sabemos que detrás de muchos autores hay complejos equipos de investigación y de producción que hacen posible la magia de la creación. Una obra cinematográfica es fruto del talento de equipos enteros. Solo en algunas de nuestras ficciones más tradicionales escribir es una tarea ardua que solo sucede en la soledad de un cuarto, cuando el autor se enfrenta a la página en blanco. Tendríamos que recordar que un escritor tiene muchas otras ocupaciones y estas son siempre grupales: hablar de sus obras con los amigos, soñar en voz alta con argumentos que nunca escribirá, describir y discutir personajes y situaciones posibles, recibir consejos, leer pasajes de una obra en proceso, publicar avances, oír críticas, recibir elogios, rasgar papeles o salvar de la basura lo que él mismo ya había desechado en otro momento; siempre, muchas voces, volver a escribir.

No es esta la primera vez que la publicación de las obras de García Márquez llega acompañada de resquemores. Los lectores siempre preguntaron: ¿qué se había hecho la magia y la imaginación alucinante de *Cien años de soledad*?, ¿qué significan esas hipérbolas, el humor y el desparpajo de *El otoño del patriarca*?, ¿cómo dejarse llevar por la fiesta de la vida y el amor, amenazadas siempre por la soledad y la muerte, que nos proponía *El amor en los tiempos del cólera*? Lo mismo pasó con *Crónica de una muerte anunciada*, *El general en su laberinto*, *Del amor y otros demonios* y *Memorias de mis putas tristes*: en cada caso es obligado señalar que tuvimos que aprender que no hay, no podía haber, un solo Gabriel García Márquez, sino varios, ¡muchos, por suerte!

Cierta inercia hace que los lectores nos dejemos arrastrar por el deseo paradójico de que la obra sea innovadora, distinta y descollante; pero que, al mismo tiempo, el autor mantenga la misma intensidad, ahonde o profundice en sus temas, se reitere o persista en sus filosofías de la vida y del amor. Olvidamos que los autores no solo cambian de temas, abandonan preocupaciones: los grandes temas de otros años pueden pasar a segundo plano. El placer de otras lecturas explica la obsesión de los lectores que queremos que el escritor “no cambie”, que persista en unas formas, que sostenga el mismo tono y su intensidad.

La cuestión es que el tema de García Márquez, hacia el año 2000, arriba ya de los 70 años de edad, el que realmente le preocupaba como escritor después de más de medio siglo de escritura, era el amor. Ya no podía ser la política, ni la lucha de clases, ni el compromiso social. Era un asunto serio: era el *amor*, que es como quien dice *la muerte* y el sentido profundo de la existencia y de si hay algo que valga la pena, al final de las cuentas. La grandes obras sobre el amor se erigieron siempre alrededor de amantes púberes: Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, el joven Werther, Efraín y María, Martín y Alejandra; con García Márquez se dio cabida en la literatura al amor otoñal.

Con *El amor en los tiempos del cólera*, García Márquez se alejó de esa idea pudorosa de que los viejos solo se pueden amar con fatiga, envueltos en la ternura, casi

platónicamente; los amantes otoñales de Gabo se aman con brío y dejan a un lado la etiqueta y el pudor. Son amantes de carne y hueso y el amor se ratifica en el cuerpo. Lo que vemos en *En agosto nos vemos*, desde la misma entrada, con el nombre de su protagonista y su atuendo, es una mujer de 46 años de edad, tras dos embarazos y 27 años de matrimonio; que al mirarse al espejo se reconoce aún joven, con “*sus senos redondos y altivos*”.

Hay en Ana Magdalena Bach un encanto que empieza con la sonoridad de un nombre en donde se funden la Santa, la pecadora y el fondo musical de la novela. Habría que leer esta novela en oposición a *Memorias de mis putas tristes*, pues lo que hay de mustio en Mustio Collado, el protagonista de *Memorias*, es *En agosto nos vemos* un despertar, un florecimiento: Ana se vuelve Magdalena una vez al año. Ambos vienen del mundo de las letras y del arte, pero en el mundo de Magdalena resuena además la música, en particular un vasto conjunto de obras clásicas interpretadas con un aire de bolero, un contrapunteo permanente entre Agustín Lara y Claude Debussy.

En ambos personajes se persigue la misma idea: la de darle al amor una segunda oportunidad; en ambos casos el amor es una fiesta, más lo que para Mustio es normal (comprar o pedir el amor por encargo), en Magdalena es casi imposible, a no ser superando y quebrantando sus propios escrúpulos y ataduras. Mas hay otra diferencia que vale la pena destacar: la historia de Mustio Collado acontece a mediados de siglo y sus andanzas empiezan casi a finales del siglo XIX, en una ciudad que es Barranquilla; *En agosto nos vemos* hay un tema que no es menor, y es la presencia de la ciudad actual, que podría ser Cartagena de Indias con algunas licencias geográficas, acosada por las masas de turistas y los eventos y las convenciones internacionales, y por el afán arquitectónico que saca del medio los viejos hoteles y que da lugar a espacios que de tan lujosos y sofisticados, resultan mojigatos y pacatos. Ser Magdalena en este contexto hipócrita y puritano es aún más difícil.

El título de la obra resulta muy interesante, pues por un lado evoca ese otro título que tanto amaba Gabo, *Luz de agosto*, la novela de William Faulkner, y que él leyó y reseñó cuando tenía 22 años de edad. Las citas de AMB son en agosto, dice el narrador, “*mes de calores y de aguaceros locos*”, como ella, en sus apasionados encuentros.

Dudo que Gabriel García Márquez estuviera muy seguro de cargar su relato con referencias literarias y discográficas de manera sistemática y casi repetitiva. Gabo citaba obras literarias, pero casi nunca incurrió en mencionar obras y autores del catálogo general: prefería envolver sus referencias con autores “menores”, un poco fuera del canon y a veces desconocidos. Por eso resulta un poco extraño que se mencione la lectura de *Drácula*, de Bran Stoker y de *El diario de la peste* de Defoe, con poco peso en el relato, y siguiendo el formato APA 7.

Resulta un poco extraño que haya por lo menos tres historias casi a medio camino o por explorar más poéticamente: el encuentro con Aquiles Coronado, las confesiones del esposo y el secreto de la madre; dudo que el final fuera el cierre que buscaba Gabo, al punto que por un momento alcancé a imaginar a Ana Magdalena recibiendo no un billete de 20 dólares por sus servicios sino un ramillete de gladiolos, esparcidos sobre su pecho desnudo. Un final más garciamarquiano.

De todos modos, aunque busco a Gabo a Gabo y encuentro huellas de su genio, no quiero seguir hurgando en sus papeles.